

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,  
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Alfonso IX, por D. Julian Castellanos.—*Ángeles tutelares*, poesía, por D. Alejandro Aparicio Calvente.—*El Halcon*, cuento, traducción de Bocaccio, por D. Felipe Perez.—*El Ángel de la inocencia*, poesía, por D. Dámaso Delgado Lopez.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*A Elvira*, poesía, por doña Antonia Díaz de Lamarque.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Modas, correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Explicación del figurin*.—*Variedades*.

Pliego tercero de 16 páginas de *Cárlas y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### ALFONSO IX.

Por muerte del rey de Leon D. Fernando II, acaecida en Benavente el día 24 de enero de 1188, fué coronado por el voto unánime y decidido de la no-

bleza su hijo y heredero D. Alfonso, jóven de diez y siete años, á pesar de la oposicion terrible y obstinada de su madrastra la reina viuda doña Urraca Lopez, que pretendia el cetro para sus hijos, sin tener en cuenta el derecho de primogenitura del jóven príncipe.

Alejado de la corte hallábase este, cuando la nueva de su nombramiento, junta con la muerte de su padre, llegaron á su noticia, y corriendo hácia Leon, ciñóse la corona en tanto que doña Urraca, despechada por el mal éxito de sus intrigas, retirábase á ocultar su desmedida ambicion á Nájera, en donde concluyó sus dias en larga y triste viudez.

Al empezar el jóven rey á regir el reino, declaróle guerra su tio Sancho el de Portugal, sin que sepamos los motivos que le impulsaron á obrar así; y en su virtud, D. Alfonso, que reunia á la destreza de las armas grandes dotes en política, dudoso de ganarse el afecto de su primo el de Castilla, para en caso de necesitar su apoyo, vino á las Cortes que este monarca celebraba en Carrion, y despues de besarle respetuosamente la mano, le anunció el deseo de ser por él armado caballero.



Gustoso accedió el castellano á la pretension de su primo, y entregándole la espada y cinturón, símbolo de la caballería, separáronse en la mejor amistad aquellos dos monarcas que tanto debían odiarse en lo sucesivo.

Dos años después, D. Alfonso formó parte de la liga que contra el castellano hicieron entre sí los reyes de Aragón, Navarra y Portugal; y para que esta alianza fuese más duradera, uniéronse en matrimonio á fines de 1190 con doña Teresa, hija de este último monarca, principal instigador de la trama.

De este matrimonio tuvo el rey tres hijos, D. Fernando, que murió en la niñez, y doña Sancha y doña Dulce. Las dotes especiales de la reina, de quien dice Flores en el tomo 1.º de sus *Reinas Católicas* que arrebatada la atención de cuantos la miraban, y que á sus gracias naturales unía un juicio y una discreción superiores á su edad, y su belleza nada común, formaban las delicias de los leoneses y la felicidad del rey, que la amaba ardientemente; pero esta felicidad se vió pronto turbada por el Papa Celestino III, que, sabedor del parentesco que en grado prohibitivo existía entre los dos cónyuges, trató de deshacer aquel enlace, poniendo entredicho, no solo á los dos esposos, sino á los reinos de León y Portugal. Rehízo anduvo D. Alfonso en dar cumplimiento á las órdenes del Pontífice, que el gran cariño que profesaba á su esposa, y la dicha que en su reino se sentía, eran otros tantos motivos para no hacerle acelerar tan dolorosa separación; pero las censuras eclesiásticas empezaban á turbar los ánimos, y forzoso le fué resolverse al sacrificio.

La anulación tuvo efecto en 1195, y doña Teresa salió de la corte entre las lágrimas y el dolor de los leoneses, que, además de sentir la partida de una reina que tan gratos recuerdos les dejaba, presentían sin duda las guerras y los desastres que aquella separación traería consigo.

En este mismo año, D. Alfonso recibió una embajada de su primo el de Castilla, pidiéndole ayuda para hacer frente á los infieles que en considerable número avanzaban sobre sus Estados, resueltos, no solo á enseñorearse de ellos, sino á uncir á su carro de triunfo todos los tronos de la Península. Igual pretension habia sido hecha á los demás monarcas aliados, y conociendo todos la razón que al castellano asistía para obrar así, ofreciéronle los socorros que decían daba, comprometiéndose á acudir á reunirsele en Toledo,

En cumplimiento de esta palabra, D. Alfonso púsose en marcha al frente de sus guerreros; pero al llegar á la corte de su primo en compañía del rey de Navarra, el encuentro con los infieles se habia verificado junto á Alarcos; y el castellano que, derrotado y fugitivo se vino á acoger á los muros de Toledo, recibió, según opinión de algunos historiadores, con marcadas muestras de desagrado á los dos monarcas, á cuya tardanza atribuía el desgraciado éxito de la empresa.

Con este motivo partieron hacia sus Estados; resentidos con el de Castilla, y puestos de acuerdo, acometieron sus fronteras, entrándose D. Alfonso por tierra de Campos, ocasionando daños y perjuicios sin cuento.

No estuvo ocioso el castellano en vista de estas acometidas; antes por el contrario, hizo entradas por las fronteras de sus dos enemigos, y aliándose con el de Aragón, apoderóse de Bolaños, Castroverde, Coyanza, y otros pueblos que al de León pertenecían.

Por este mismo tiempo el rey de Portugal declaróse también contra D. Alfonso, y después de hacerle sufrir un descalabro junto al Miño, penetró por Galicia, ganando á Tuy, Pontevedra y otras villas.

Esta situación turbulenta, preñada de disgustos y combates, terminó, merced á la intervención de los obispos de ambos reinos con el casamiento de don Alfonso con doña Berenguela, hija mayor del castellano.

Las regias bodas celebráronse en Valladolid en 1197, y los nuevos cónyuges partieron á León después de terminadas las fiestas que con motivo de tan grato acontecimiento tuvieron lugar.

Felices habian sido los portugueses con su reina doña Teresa, en quien la amabilidad y la dulzura eran proverbiales, pero no lo fueron menos con su nueva señora, que con su gran discreción y su piedad singular movía al rey á derramar toda clase de beneficios sobre sus súbditos, aliviándoles de tributos, mejorando los fueros del reino, poniendo coto á los abusos introducidos durante las pasadas turbaciones, aumentando el culto divino, para lo cual, según dice el *Tudense*, daba con liberalidad el oro, la plata y las piedras preciosas, para que sirviesen á Dios en sus iglesias, reparando las torres de León, y tendiendo su mano caritativa á los pobres, que hallaban siempre en ella una verdadera Providencia.

Pero este período de ventura duró bien poco,



pues los rayos del Vaticano volvieron de nuevo á caer sobre la frente de D. Alfonso, pretendiendo separarle de su segunda esposa por las mismas razones que le separaron de la primera.

Grande fué la desesperacion del monarca al recibir este nuevo golpe; y si remiso estuvo en cumplir la voluntad del Pontifice para separar de su lecho á la nieta de Alfonso Henriquez, no lo estuvo menos para acceder á renunciar para siempre á la hija de Alfonso VIII, ya por el cariño inmenso que hacía ella sentia, ya porque no se ocultaba á su buen juicio que aquella separacion seria la señal de nuevos disturbios que darian al traste con la paz, que á costa de tantos sacrificios lograra establecer.

Todas estas razones hizo llegar D. Alfonso á Roma por medio del Arzobispo de Toledo y los Obispos de Zamora y Palencia; pero Inocencio III desestimó las razones de los prelados, y pareciéndole que los reyes de Castilla no inclinaban á su hija á cumplir las órdenes de la Iglesia, les conminó tambien con las mismas censuras.

Los ánimos volvieron á sobreescitarse con este motivo, y D. Alfonso se vió de nuevo obligado á renunciar á su segunda esposa, la cual en los seis años que duró su union habia dado á luz cinco hijos, entre ellos el príncipe D. Fernando, que quedó educándose en la corte de su padre.

No eran infundados los temores del rey al presentir que la paz desaparecería de su reino con la pérdida de doña Berenguela, pues el Arzobispo don Rodrigo en su *Rebus Hispaniæ*, dice que desde que se separaron D. Alfonso y su segunda esposa, los Estados de Leon y Castilla no gozaron de paz alguna, persiguiéndose siempre unos á otros con guerras y hostilidades perpétuas.

De encontrada opinion es el P. Risco en el tomo 36 de su *España Sagrada*, pues augura que en el año de 1206 verificáronse tratados de paz entre los dos reyes, por los cuales se comprometieron á estar estrechamente coaligados contra todos los hombres del mundo, así moros como cristianos, á escepcion de los monarcas de Francia y Aragon.

Tratados en el mismo sentido, dice el citado autor, que fueron hechos en los años 1207 y 1209, pero nosotros creemos que, si así fué, poco consecuente anduvo D. Alfonso en conservar las paces, pues tras de no acudir á la cruzada que contra el Emperador de Marruecos alzaron los monarcas españoles, mientras el castellano se cubria de inmarcesible gloria, lu-

chando entre las fragosidades del paso de la Losa contra los enemigos de la Cruz, se aprovechaba su ausencia para tomarle con las armas á Roda, Ardon, Castro-Tierra y otros varios lugares, cometiendo de este modo una alevosía que hubiera pagado cara si el escésivo gozo que la victoria de las Navas alzó en el corazon del rey castellano no hubiera ahogado sus resentimientos, impulsándole á convidar con la paz á quien con tanta desconsideracion le tratara.

Con este motivo la armonía volvió á renacer entre aquellos dos reyes, dando por fruto la terminacion de la guerra que con el portugués sostenia D. Alfonso, y la conquista de la fortaleza y villa de Alcántara, llevada á cabo con el concurso de las armas de Leon y Castilla.

Despues, como el rey castellano descendiéndose al sepulero, D. Alfonso renovó las paces con su hijo D. Enrique I, que le sucedió en el trono. Pero estas paces fueron tan efímeras como el reinado del nuevo monarca, muerto á los tres años no completos de su coronacion de un golpe casual que recibió en la cabeza, estando jugando á la pelota con los meninos en el patio del palacio del obispo de Palencia.

El motivo del rompimiento de la paz por parte de D. Alfonso, fué el siguiente: muerto el jóven rey de Castilla, su hermana doña Berenguela, esposa que, segun ya dijimos, fué del leonés, se vió proclamada reina en Cortes celebradas en Valladolid por los grandes señores del reino, los prelados y los procuradores de las villas; y antes que esta noticia llegase á conocimiento de su antiguo esposo, le mandó un mensajero suplicándole le enviase á su hijo Fernando, á quien deseaba ver.

Accedió el leonés á tan justa demanda, y cuál no sería su sorpresa al tener noticia de que así que el jóven príncipe llegó á Castilla, su madre renunció en su favor la corona, y Valladolid alzó pendones por Fernando III el día 31 de agosto de 1217.

D. Alfonso tomó por una burla sangrienta lo que solo habia sido un esceso de precaucion del amor maternal, y montando en cólera empuñó las armas contra su hijo y contra la que fué en un día su esposa querida.

Encontráronse otra vez lanza contra lanza leoneses y castellanos, y tras un período de discordias intestinas lució por fin la paz merced á la intervencion de los prelados y caballeros, y se pactó una alianza, por la que se comprometieron ambos reyes á prestarse mútua ayuda en sus necesidades.



Desde entonces los enemigos de la Fe viéronse acometidos sin tregua; y en tanto que el castellano penetrando en Andalucía cubriase de gloria en Andújar, Márto, Loja y otros mil puntos, su padre el de Leon, despues de sujetar á los rebeldes de su reino, levantados en su contra por consejo de su hermano Sancho, penetraba por Estremadura, se apoderaba de Cáceres, batía un numeroso ejército mandado por el rey moro Aben-Hud, y clavaba sus victoriosos estandartes en Mérida y Badajoz, terminando así su glorioso reinado, á causa de haberle sorprendido la muerte el día 24 de setiembre de 1230, en Villanueva de Sarria, al dirigirse á Santiago para dar gracias al Apóstol por la victoria conseguida contra los hijos del Profeta.

Así finó el noble monarca Alfonso IX de Leon, cuyo cuerpo fué enterrado en la misma iglesia del Apóstol, junto al de su padre, dejando en los cuarenta y dos años de reinado un nombre tan célebre como glorioso, pues además de las victorias y los beneficios enunciados, fundó el monasterio de Val-de-Dios en Asturias, el de Villanueva en el Bierzo, creó la célebre Universidad de Salamanca, y señaló salario á todos los jueces de su reino, con objeto de que no se dejasen sobornar, prohibiendo de una manera terminante que los magistrados recibieran regalo alguno.

Su ódio al crimen llegó á tanto, que degeneró en crueldad; pues no contento con los medios usados hasta entonces para dar la muerte á los malhechores, inventó y puso en práctica agudos tormentos para hacerles más doloroso su fin.

Su aspecto, dice el *Tudense*, coetáneo, era tan terrible para los malvados que no le podían sufrir, y su voz, cuando se irritaba contra los delincuentes, parecía el rugido de un león.

Su muerte, deplorable en extremo por las nobles prendas que le adornaban, no dejó sin embargo de ser provechosa á la causa de la reconquista, pues las coronas de Leon y de Castilla se fundieron para siempre con este motivo en una sola, con la que la mano de la Providencia ciñó las sienes de su hijo el Santo rey D. Fernando III, cortando de este modo de raíz las continuas rivalidades que ensangrentaron por tanto tiempo las dos monarquías, en perjuicio de la religion y de la libertad de la patria.

JULIAN CASTELLANOS.

## PARA EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORITA DOÑA MARIA DE LA GLORIA MELGAR Y SAEZ.

### ANGELES TUTELARES.

¿Sabes por qué llorabas  
Niña hechicera  
Cuando viniste al mundo?  
¿Tú no te acuerdas?  
Dejaste un cielo  
De amor y bienandanza  
De Ángeles bellos.

¿No te acuerdas? Llorabas  
Un sentimiento  
Ausencia de tu patria...  
¡Cruel destierro!  
Llorabas niña,  
De otro sol, de otro mundo,  
La luz perdida.

Llorabas por tu espíritu  
Libre en el cielo.  
Esclavo encadenado  
Hoy de tu cuerpo.  
Llorabas ángel,  
Allá un cielo perdido;  
Acá, pesares.

Llorabas... ay! tu espíritu  
Al comprenderlos  
Quizá te martiricen  
Estos recuerdos.  
Mas no, que velan  
Otros seres tus pasos  
Sobre la tierra.

Alza erguida tu frente  
Niña á ese cielo,  
Mira en él cómo brillan  
Miles luceros.

Son tus hermanos  
Que inspiran tus ensueños...  
¡Ángeles santos!



Por eso cuando el hombre  
Viene á la vida,  
Una estrella aparece  
De luz divina,  
Ella preside,  
Se aduna á nuestra suerte  
Y nos dirige.

Por eso rutilante  
La mira el bueno,  
Y pálida y sin brillo  
La ve el protervo.  
Niña, la estrella  
Es el ojo del ángel  
Tu centinela.

Cuando la veas pálida  
Entonces llora,  
Que es señal que en tu alma  
Cayó ponzoña.  
Y el ángel tiembla  
Al ver no mas que oscila  
Nuestra inocencia.

Adora niña en ella  
Á Dios presente;  
Tu corazon devoto  
Ámela siempre.  
Ten confianza,  
Que esa estrella es el ángel  
Que aqui te guarda.

Ronda, Setiembre de 1864.

ALEJANDRO APARICIO CALVENTE.

Insertamos á continuacion y con sumo gusto el siguiente cuento de Boccaccio, traducido por nuestro amigo el laborioso y modesto escritor Sr. D. Felipe Perez, quien se propone dar á luz en coleccion algunas de las mejores obras del célebre novelista italiano. Estamos seguros que ha de complacer á nuestros lectores el trabajo del Sr. Perez, y no será esta la última vez que se honren con su nombre estas columnas.

## EL HALCON.

### CUENTO.

Antiguamente hubo en Florencia un caballero joven y muy rico, llamado Federico, que era hijo del Sr. Felipe Alberini, perteneciente á una familia ilustre. La naturaleza y las artes nada habian omitido para formar un apuesto joven que no tenia igual entre todos los nobles de Toscana. Se enamoró, como suele suceder generalmente á todos los de su edad y clase, de una joven distinguida cuyo nombre era Juana, y que en aquel tiempo pasaba por ser una de las mujeres más hermosas y amables de Florencia. Federico no omitió cosa alguna por conquistar su amor; festines, justas, torneos, regalos magníficos, de todo se valió; pero la joven, tan virtuosa como bella, hacia poquísimo caso de esta loca esplendidez, y despreciaba á su amante, que no por esto se desanimó, pues continuaba con el mismo fausto y grandeza, hasta el extremo de no quedarle de su cuantiosa fortuna mas que una pequeña alquería, cuya módica renta apenas le bastaba para vivir. Únicamente conservó de su pasada grandeza un excelente halcon para cazar. Á pesar de que estaba más enamorado que nunca de la que habia sido la causa de su ruina, tomó la determinacion de retirarse á su casa de campo, en atencion á que no podia vivir con decencia en la ciudad. Cazaba alli con su halcon cuanto podia, no solo por distraerse y olvidar los perjuicios que él mismo se habia ocasionado, sino tambien por no rebajarse á pedir socorro á nadie.

Así iba pasando su vida, cuando el marido de Mad. Juana cayó enfermo, y murió. Solo tuvo tiempo para hacer su testamento, en el que instituyó por herederos de sus inmensos bienes á su hijo, y en el caso de que este muriese sin sucesion, le substituyó con su esposa, á la que habia amado siempre muy tiernamente.

Cuando hubo llegado el buen tiempo, la viuda, segun costumbre, salió á pasar el verano al campo en una casa próxima á la de Federico. El niño, que se complacia en vagar por los alrededores, entabló bien pronto relaciones con él, valido de la vecindad, yendo á visitarle con frecuencia, porque le gustaba divertirse con sus perros y pájaros. Con este motivo tuvo ocasion de ver el halcon de que tanto habia oido hablar, y le agradó hasta el punto que hubiera deseado ser su dueño; mas no se atrevió á pe-



dirlo, sabiendo lo mucho que Federico lo apreciaba. Tanto sintió no poder satisfacer su capricho, que cayó enfermo, participando á su madre la causa de la indisposicion en los siguientes términos: «¡Ah querida mamá! ¡Pronto me aliviaría si pudiera hacerme dueño del halcon de Federico!» La madre estuvo reflexionando lo que debería hacer: sabia que este la habia amado en otro tiempo: que habia perdido su posicion y fortuna por ella, y que se habia mostrado siempre insensible á sus pretensiones. «¿Cómo, decia para sí, me he de atrever á pedir el halcon, que, segun dicen, llama la atencion de todos, y al mismo tiempo proporciona la subsistencia á su dueño? ¿Tendría tan poca consideracion que quisiera privar de él á un caballero que no tiene otro placer en este mundo?» Estas reflexiones la tuvieron indecisa, á pesar de la seguridad en que estaba de obtenerle, si le pedia. No sabiendo, pues, qué contestacion dar á su hijo, guardó silencio; pero el chico seguia enfermo y disgustado, rehusando toda clase de ofertas, y con el antojo de poseer el halcon. En fin, el amor maternal, saltando por toda consideracion, inclinó el ánimo de la viuda á satisfacer á cualquier precio los deseos de su hijo, y tomó el partido de decirle que tendria aquel pájaro, resolviendo ir ella misma en persona á pedirlo.—«No te desazones, hijo mio; piensa tan solo en recobrar tu salud, y te prometo que la primera cosa que he de hacer mañana temprano, será ir á buscar el halcon para traértelo.» Esta promesa causó tanto placer al niño, que aquella tarde se encontró ya mucho mejor.

Al dia siguiente la viuda, acompañada de una criada, salió de paso en direccion á la casa de Federico. Cuando llegó, estaba este casualmente ocupado en arreglar su jardin, porque el tiempo no estaba á propósito para la caza. Hizole aquella pasar recado, diciendo que deseaba hablarle; y fácilmente se comprenderá cuál seria la sorpresa del pacifico jardinero al oír pronunciar el nombre de la que venia á su casa. Loco de alegría, corre á su encuentro, y la saluda afectuosamente. Mad. Juana á su vez se adelanta hácia él, y le contesta con una reverencia cortés y graciosa, y despues de los cumplimientos de costumbre, le dice: «Federico, al visitar vuestra casa, llevo por objeto ofreceros hoy una recompensa por las galanterías que habeis perdido en mi obsequio, cuando me amábais inútilmente en otro tiempo. Vengo con mi doncella á comer en vuestra compañía.—Señora, respondió el halconero con cierta

dulzura y modestia, ya no me acuerdo de lo que he perdido por vos; al contrario, me habeis proporcionado tantas satisfacciones, que si algun mérito hay en mí, es el de los sentimientos que habeis sabido inspirarme, por lo que os estoy muy agradecido. Es para mí de tanta satisfaccion el obsequio que hoy me haceis, y halaga tanto mi corazon, que, aunque pobre, no lo cambiaria por todas las riquezas que he perdido.»

Hecho este cumplido, la recibió en su modesta habitacion, y despues la acompañó al jardin, donde se quedó en compañía de su doncella y la jardinera, en tanto que Federico iba á disponer la comida. Este no habia sentido los sinsabores de la pobreza hasta que tuvo que recibir á una persona á quien estimaba tanto: hubiera querido obsequiarla, y se encontraba desprovisto de recursos; así que se desesperaba, maldecia su suerte, y corria de un lado á otro sin saber qué resolucion tomar. Lo más apurado del caso era que ni tenia dinero ni cosa que lo valiese; la hora de comer se acercaba, y nada tenia preparado. No sabia qué resolucion tomar, cuando fijando su vista en el halcon que estaba muy tranquilo y encaramado sobre su percha, determina sacrificarlo para tener siquiera alguna cosa decente que presentar á la encantadora viuda que le honraba con su visita. Coge el pájaro, le retuerce el cuello, lo pela y lo planta en el asador. Cuando todo estuvo ya listo, vuelve muy alegre al jardin para avisar á sus huéspedes que pasasen á tomar asiento á la mesa. Concluida la comida, y despues de una larga y entretenida conversacion, Mad. Juana creyó que habia llegado el momento de descubrir el objeto de su visita, y le habló en estos términos:

«Si os acordais aun, amigo Federico, de lo que habeis hecho por mí, y de la indiferencia con que os correspondia, que acaso os habrá hecho creer que tengo el corazon duro é inflexible, no dudo que os sorprenderá mi pretension cuando sepais el verdadero motivo que me ha traído á vuestra casa; mas, sin embargo, estoy segura que me dispensareis. Si tuviéseis hijos, ó los hubiérais tenido, comprenderiais hasta qué punto llega la ternura maternal; vos no los teneis, y yo que tengo uno no puedo evadirme de las leyes que son comunes á todas las madres. Esto es lo que me obliga contra mi voluntad á pedir una cosa que sé estimais mucho, y con razon, puesto que es el único consuelo que la fortuna os ha dejado; en una palabra, vengo á pedir os vuestro



halcon. Mi hijo está enfermo, y desea tanto tenerle en su poder, que temo se agravé su enfermedad y se muera de pesar si no se lo llevo; así que, os pido, no por amistad, porque no me la debeis, sino por esa generosa bondad que jamás habeis desmentido, y que tanto os distingue de los demás. Yo os suplico de nuevo que me concedais la gracia que os pido, mi hijo os deberá la salud, y acaso la vida, y por este beneficio os hareis acreedor á un eterno agradecimiento que quedará grabado en nuestros corazones.»

Federico, no pudiendo satisfacer los deseos de la viuda porque esta se había comido lo que le pedia, prorumpió en llanto sin pronunciar una palabra. Mad. Juana creyó que la causa de sus lágrimas sería tal vez el sentimiento de perder su halcon, y estuvo á punto de arrepentirse de su petición; sin embargo, esperó á que acabase de llorar para oír su respuesta.

«Señora, dijo él; desde el primer momento que admiré vuestros encantos, he comprendido que la fortuna me ha sido adversa en muchas ocasiones y me conduelo de sus rigores; mas todos los reveses que he sufrido son nada en comparación de lo que sufro en este momento, que dejaré eternamente una amarga pena en mi corazón. ¡Ah! ¿podría yo sufrir un golpe más sensible, más cruel, cuando considero que os habeis molestado en venir á esta pobre choza, que en verdad no os hubiérais dignado visitar cuando era rico, á pedir una cosa que absolutamente me es imposible daros? ¡Fortuna cruel, cuándo dejarás de perseguirme! He sufrido con paciencia todas mis desgracias, pero os confieso, señora, que esta me abruma cual ninguna. No tengo el halcon. En seguida que tuvisteis la bondad de decirme que veniais á comer en mi compañía, impulsado por tan gran favor, he creído que debía ofrecer, según mis cortos alcances, una comida más delicada de la que ordinariamente se ofrece á otras personas; me he acordado del halcon, he creído que era bastante bueno para presentarlo, y aunque excelente para la caza, le he matado sin titubear y os le he puesto en la comida; mas como deseábais tenerle vivo, jamás me consolaré de habérselo dado á comer. Bien claramente veo que mi suerte es muy desgraciada, puesto que no permite haga cosa alguna que os sea agradable.»

Después de dicho esto, y para convencerla de su conducta, hizo traer las plumas, las garras y el pico del pájaro.

Mad. Juana censuró mucho que hubiese dado muerte á un halcon de tanto valor para servirlo en la comida, pero en el fondo de su corazón sintió una satisfacción inmensa por su generosidad, que ni la desgracia ni la miseria habían hecho desaparecer.

—Toda mi vida, añadió la viuda, tendré presente este sacrificio, sea cualquiera el resultado que la Providencia tenga reservado para mi hijo.

Sin esperanza, pues, de tener el halcon, se despidió de Federico, agradeció su honradez y buenas intenciones, y se volvió muy triste á su casa, discutiendo lo que diría á su hijo para consolarle de la desgracia que había sucedido. Le encontró peor, y tuvo el sentimiento de verle morir pocos días después, ya fuese por el pesar que tomó, de no poseer el halcon, ó ya porque la enfermedad por su naturaleza fuera mortal.

Esta pérdida afligió muchísimo á la madre, que derramó abundantes lágrimas.

Pasado algún tiempo, sus hermanos la aconsejaron que debía volverse á casar, porque todavía era joven y muy rica. No lo deseaba mucho, pero tanto la instaban sus parientes y amigos, que no pudo menos de recordar la honradez, constancia y generosidad de Federico, que había matado su halcon para dárselo á comer.

—De buena gana seguiría viuda, dijo un día á sus parientes, si esto os agradase; pero ya que os empeñais en que me case, os advierto que no admitiré por esposo mas que á Federico de Alberini.

—¿Qué es lo que dices? añadieron los parientes en tono burlesco. ¿Hablas con formalidad? No podemos creerlo. ¿Ignoras que ese caballero se encuentra en la más ignominiosa miseria?

—Lo sé, replicó; pero mejor quiero un hombre que necesite riquezas, que no riquezas que necesiten hombre.

Sus hermanos, viéndola, pues, decidida á no tomar otro marido que aquel, y no pudiendo negar por otra parte que Federico era todo un caballero, consintieron en que se casara con él, á pesar de su pobreza.

La boda se verificó con grande ostentación. El nuevo esposo, á quien la adversidad había hecho prudente, viéndose por segunda vez en posesión de una gran fortuna, se hizo económico, y pasó, con la que amaba hacia tanto tiempo, días felices en la más tierna y perfecta unión.

(Traducción de Bocaccio.)

FELIPE PEREZ.



## EL ÁNGEL DE LA INOCENCIA.

Una niña alborozada

Traspone por la colina,

Destellando su mirada

La pureza y el candor.

Y un ángel sigue su paso

Porque el rojo sol declina,

Sepultándose en su ocaso

Con pálido resplandor.

De duelo y de dolo ajena,

Encantada en su extravío,

Lleva la frente serena

Y en el cielo su mirar.

Ni mira que el sol no arde

El horizonte sombrío,

Ni que declina la tarde

Y oscurece sin cesár.

Lleva en Dios su pensamiento

Y en el cielo está su encanto,

Irradiándose el contento

En su semblante gentil.

Ni vé que la sombra crece,

Ni siente terror ni espanto;

Ni que el aire se enrarece,

Ni escucha rumores mil.

Y descende á la pradera,

Y el aquilon se desata;

Y ruda, espantosa y fiera

Rimbomba la tempestad.

Y las nubes agua arrojan

En horrible catarata,

Y el horizonte despojan

De su última claridad.

La maldad no comprendiendo

En sus sueños de pureza,

Jamás sintió tan horrendo

Y agudísimo dolor.

Y al ver de su triste suerte

La negra y cruda fiereza,

Desafiando la muerte

Puso en Dios su fé y amor.

Y sigue y se vé estrechada

Por el rio y el torrente,

Y de terror angustiada

Comienza á palidecer.

Más llena de fé y consuelo

Levanta su pura frente,

Y mira un ángel del cielo

Junto á ella resplandecer.

Rizada guedeja blonda

Del ángel orna el semblante,

Fulgente cual trás la onda

La luna en su relucir.

Y con la pura sonrisa

En sus labios fulgurante,

Ténue y leve cual la brisa

Se dejó su voz oír:

„Ven de Dios á la presencia,

Y sosiega en tus dolores,

Que el ángel de la inocencia

Velando por ella está.

„Que hay en el cielo un tesoro

Reservado á tus amores,

Que un ángel del célio coro

Á tu frente ceñirá "

Y en esto lanzando el vuelo

Sobre sus nítidas alas,

La niña voló hasta el cielo

Envuelta en mares de luz.

Y ante la dulce armonía

De las espléndidas alas,

Sus brazos Dios les abría

Desde el trono de su cruz.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

## CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

## LEYENDAS ARABES.

(Continuacion.)

## III.

Eran pasadas seis lunas cuando la hermosa viajera volvió á su hogar, trayendo sus camellos cargados de ricas alfombras, de cojines bordados de oro, de grandes imágenes de plata, de lámparas primorosas de oro incrustado con nácar, de grandes medallones esmaltados, de costosa porcelana con relieves primorosos, de vistosas esfinges de marfil, de obras particulares de escultura, y sobre todo de unos ropajes tan finos y costosos para adornarse, que no parecía Sharaca con ellos una mujer, sino un ángel que Dios hubiese adornado para dar á conocer á Luzbel lo que habia perdido.

Entre otras prendas traia un caftan que daba á



la túnica interior tantos colores como movimientos con él se hacían.

Era de un tejido de gasa y oro tan particular que no podía darse tisú, ni crespon de plata, ni tela alguna de las conocidas hasta el día, que le imitase siquiera.

Para este caftan, era necesario entretejer el cabello de diamantes; pues hubiera resultado una cabeza, por hermosa que fuese, sin mérito alguno, no adornándola con un prendido que diese tantas luces como daba el cuerpo, cubierto con prenda tan hermosa.

Los brazaletes que le acompañaban, los hubiera cambiado una jóven de quince años por sus enamorados y lindos ojos.

Y las chinelas que completaban el traje, por su primer amor, y quizás habría dado una marchita beladad sus últimas ilusiones, si le hubiesen dado el chal con que debía rodear su cintura la que llevase tan singular atavío.

En este tiempo la Meca se hallaba en un apogeo indescriptible.

Caravanas de peregrinos y de curiosos asistían al grandioso templo, y Sharaca aguardó á esa época para entrar con los demás viajeros, como si fuese el genio que iba á presidirles.

Sharaca traía en la mano una varita de oro, que, según el caldeo que se la había vendido en una cuantiosa suma, había sido arrancada por Vénus al arco de su hijo Cupido, y tenía el poder mágico de esclavizar y hasta convertir en mármol al sér que intencionadamente se señalase con ella.

Ya no dudó del vencimiento de Abdalá, y la ruina y olvido de su rival.

La Meca estaba llena de viajeros, buscando en las aguas de Zemzem apagar la sedienta sed de su espíritu, cual en otro tiempo apagaron la que sufría Ismael cuando se vió con la desolada Agar, su cariñosa madre en el desierto.

Todo era allí animación y bullicio: niños, mujeres, ancianos, iban como los más robustos mancebos á rendir su culto y á adorar de hinojos un lagarto pintado, un perro igualmente grabado en la pared, una culebra, un insecto, una sabandija cualquiera, la cual creían ciegamente tenía el poder de concederles lo que le suplicaban.

Y á tal llegaba esta nauseabunda idolatría, este error horrible, este asqueroso y degradante rito, que no podía ninguno de aquellos terribles visionarios,

de aquellos esclavos del fanatismo, disponer de su voluntad ni fijar una idea, ni dar impulso á un arranque del corazón, ni apercibirse de que tenían alma, sin ir á consultar con aquellos monstruos estampados en la pared, enseñando los furiosos colmillos y los atrozadores dientes.

Aquellas bocas descomunales destilando veneno; aquellos ojos desencajados y revueltos, aquellas garas en actitud de despedazar, y aquel conjunto aterrador, aquel pandemonium horrible, era por entonces el verdadero Dios de los árabes.

Sharaca, como todos, fué á rendir su culto alegre y confiada, no solo en las imágenes y monstruos, sino en su prodigioso talisman.

¡Horrible desengaño! La varita no pudo hacer que Abdalá la amase.

Ni tampoco sus joyas, ni su fausto, ni su hermosura. El modesto jóven no tenía mas que un corazón, y este lo había entregado á la hermosa Amina.

El enlace iba á celebrarse en breve, y todo el poder de los sortilegios y las varitas doradas, se estrellaban contra un amor verdadero y puro.

Pero como las almas sin religion y fé eterna, solo codician los gozes del mundo, sin cuidarse de la cuenta que han de dar mañana á Dios, la enamorada doncella concibió otro plan, que había reservado por si no tenía suficiente poder el talisman comprado.

¡Imposible parece que después de diez y nueve siglos pasados desde que Jesucristo, su amada Madre y los sabios Apóstoles predicaron la sabia doctrina de la verdad, haya todavía países de gentiles y apóstatas, donde se ejecuten sacrificios horribles y se derrame la sangre humana en holocausto de dioses ó santones falsos.

Por desgracia la voz del Evangelio, tan bella como sonora, tan piadosa como dulce, no ha logrado penetrar en esos incultos países, y tienen una idea oscura, confusa y velada por visiones, de la revelación verdadera.

Hay en ellos algo que lleva á conocer al Supremo Hacedor; pero sería necesario el continuo sacrificio de muchos misioneros para que les iluminase la verdadera luz.

Casi todas estas descreídas razas, admiran la magnificencia y la majestad de la bóveda azul, y anhelan que llegue la noche para ver su lucero preferido: ante él, hacen cortesías extravagantes, y luego se arrodillan y después ponen sus frentes en el suelo, y



murmuran unas palabras que quieren decir: «¡Conozco mi pequeñez ante la bóveda estrellada!»

(Se continuará).

ROGELIA LEON.

### Á ELVIRA.

Dicenme, flor del Teide, que eres bella,

Que manan dulce miel tus labios rojos,

Y que la luz del sol pura destella

En las miradas de tus negros ojos.

Diz que á más de tu plácida hermosura

De inocencia y candor eres modelo,

Que fuente inagotable de ternura

Dió á tu sensible corazon el cielo.

¡Oh! que la soberana Omnipotencia

Te colme cual mereces de favores,

Y entre venturas corra tu existencia

Cual arroyuelo límpido entre flores.

Vive dichosa; que apacible el mundo.

Siempre te ofrezca sus vistosas galas,

Sin que el mal sobre ti pueda iracundo

Tender la sombra de sus negras alas.

Y al par, cándida flor, que tu belleza

Entusiasmado el corazon admire,

Grato, y místico aroma de pureza

A tu lado cual hora se respire.

Si á ti los ecos de mi humilde lira.

Llevan las auras en su raudo vuelo,

"Sé venturosa, escucharás, oh Elvira,

"Y sé por siempre de virtud modelo."

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

### REVISTA DE TEATROS.

#### ALBUM DE LA VIOLETA.

**Dos madres y un solo amor**, drama en tres actos y en verso, original del Sr. Rada y Delgado.

Pasaron las Pascuas.

Han vuelto las cosas á ese envidiable estado normal que satisface más á la vida del espíritu, y á su

sombra vamos á continuar la modesta tarea que nos hemos impuesto, dando á conocer á nuestros lectores las novedades dramáticas que se nos han presentado en la última semana.

Escasas son estas; y aun así justifican tal vez aquel adagio que dice: *de lo malo, poco*; razon por la cual, lejos de mostrarnos descontentos de la esterilidad de la musa dramática, tenemos motivos para aplaudirla y celebrarla, que á tal extremo han de llegar las cosas, que adoptemos el partido de tributar elogios á tan graves males, temerosos de conocer otros peores.

Sin embargo, las empresas preparan otro nuevo chubasco ó aluvion de obras nuevecitas y orondas, en parte originales y en parte reducidas del francés, con lo cual tendremos materia para llenar algunas columnas de este periódico. El coliseo de Oriente, aburrido sin duda de sus monótonas repeticiones, ofrece en perspectiva la representacion del *Fausto*. El del *Príncipe* ensaya un drama del cual se hacen grandes elogios. El de *Jovellanos* y el del *Circo* preparan un diluvio de zarzuelitas en un acto. El de *Novedades* promete varios melodramas horripilantes que servirán de contrapeso á la magia y á las bufonadas andaluzas que allí han alcanzado hasta ahora mediana fortuna, y hasta *Variedades*, á pesar del estado lamentable de Romea, se presenta haciendo pinitos y ensaya un drama en cinco actos, original de un aplaudido escritor, é inspirado, segun se dice, sobre los *Evangelios*.

Salgan en hora buena á plaza las novedades que se anuncian, que las recibiremos con palmas si son buenas, limitándonos por de pronto á hacer votos por que así suceda, en lo cual seguramente hallaríamos infinito placer.

Mientras llega ese momento, vamos á ocuparnos de un drama estrenado en *Variedades* la semana penúltima, cuyo título es *Dos madres y un solo amor*, y cuyo autor es el señor de la Rada y Delgado.

Nada más sensible para nosotros que encontrarnos en la dura pero imprescindible necesidad de censurar esta obra, trazada en un momento de intemperancia poética. Se anunció de una manera inconveniente: se intentó garantizarla, si no con solemnes promesas, al menos con el excelente criterio de Romea, que se dijo la estaba ensayando: se aplaudió ridículamente, poniendo á su autor en evidencia, y el público encontró en la obra una negacion vulgar, mezquina y pusilánime. Tal es la historia de